

# FELIPE PIGNA

# MUJERES

# TENÍAN QUE SER

Historia de nuestras desobedientes,  
incorrectas, rebeldes y luchadoras.  
Desde los orígenes hasta 1930



LES DIFFÉRENTES POSITIONS SOCIALES DE LA FEMME

Hace más de dos siglos, Charles Fourier aseguraba que «los progresos sociales y cambios de época se operan en proporción al progreso de las mujeres hacia la libertad». La historia argentina, desde la conquista española hasta la actualidad, corrobora a diario la afirmación del socialista utópico francés.

Las mujeres representan hoy «la mitad más uno» de la sociedad argentina, pero han cargado y cargan con buena parte del peso de la historia del país. Como protagonistas en todos los aspectos construyeron su identidad a través del trabajo, la cultura, los debates, las luchas políticas y sociales, la vida familiar, barrial y colectiva. Un papel que, por lo general, suele negarse o limitarse a la mención de unas pocas figuras a la hora de escribir la historia, en la medida en que estas mujeres se hayan destacado en tareas, roles, profesiones u oficios definidos como «masculinos».

Esta nueva obra de Felipe Pigna recorre el protagonismo de las mujeres en la historia argentina, desde las pobladoras originarias y su resistencia a la conquista europea hasta quienes obtuvieron las primeras victorias en su larga lucha por la igualdad. Describe su vida cotidiana, las condiciones legales, sociales y culturales en que la llevaban adelante, y la participación femenina en los procesos históricos, políticos y económicos, siempre mucho más destacada de lo que en general se ha difundido. Este valioso libro ilumina a las mujeres que diariamente cargaban sobre sus espaldas el peso de la historia, las que rompían los moldes que se les pretendían imponer, lo que se dijo de ellas y lo que ellas dijeron de sí mismas y del país y del mundo que contribuyeron a construir.

*A mi hermana Diana Pigna.*

*La mujer es el negro del mundo, [...] piensa en ello, haz algo para cambiar esa situación. La obligamos a pintarse la cara y bailar. Si no quiere ser una esclava, decimos que no nos ama; si es verdadera, decimos que trata de ser un hombre; mientras la rebajamos, fingimos que está por encima de nosotros.*

*[...]*

*La obligamos a tener y criar a nuestros hijos y después la hacemos a un lado por ser una gallina vieja y gorda, le decimos que el hogar es el único sitio donde debe estar y después nos quejamos de que es poco mundana para ser nuestra amiga.*

*[...]*

*La insultamos todos los días en la televisión y nos preguntamos por qué no tiene agallas ni confianza; cuando es joven, matamos su voluntad de ser libre mientras le decimos que no sea tan lista, la rebajamos por ser tonta.*

*La mujer es el negro del mundo, sí, lo es; si no me crees, echa una mirada a la que está contigo.*

*La mujer es el esclavo de los esclavos, sí, lo es.*

John Lennon

## Introducción

Este libro nació al calor del pedido de muchas lectoras que en cada charla o encuentro casual me preguntaban: ¿para cuándo un libro sobre nuestras mujeres? El estímulo me llevó a pensarlo seriamente y a iniciar un proceso muy interesante que implicó ingresar en esta temática tan rica, en esta mitad de la historia marcada por el ninguneo y los prejuicios que se remontan a las más antiguas tradiciones.

Las dos culturas más influyentes en Occidente, la que surge de los mitos griegos y la bíblica, nos presentan a la mujer como una especie de maldición para esos hombres sin madres de los oscuros orígenes. Eva y Pandora guardan entre sí ciertas similitudes: ambas vienen al mundo después de los hombres, la primera incluso se origina a partir de una costilla de Adán. Pandora llegará a aquella tierra masculina y traerá como Eva algo tan vital como la curiosidad, el querer saber más allá de lo permitido. De no mediar la acción femenina, aquellos hombres hubieran permanecido indefinidamente en el acatamiento a un orden «natural» establecido. Ambas tradiciones, que de haber surgido en América el serio mundo intelectual no dudaría en calificar de leyendas indígenas, tranquilizan los espíritus hablando de justo castigo para las desobedientes, que se extiende «por su culpa» al género y a la humanidad toda. En el caso de los griegos, la apertura del ánfora por Pandora traerá enfermedad y muerte, dos condiciones humanas de finitud. En el

de Eva, la expulsión de la incipiente humanidad del paraíso.

Aquella curiosidad «malsana», ese deseo vital fue condenado, excomulgado por la Iglesia desde los finales de la Edad Antigua y esa tendencia se incrementó durante toda la Edad Media. Los sucesivos concilios se encargaron de excluir a las mujeres, de remitirlas al rol de esclavas del hombre, alabando en María su virginidad más que su maternidad, con todo lo que ello implicaba e implica. Las mujeres fueron «fuente de pecado», «brujas», «malvadas por naturaleza». No hubo límites a la hora de denostar y perseguirlas. Se podría elaborar un extenso apéndice con todas las barbaridades que se han dicho sobre el género femenino a lo largo de la historia, en las que campeó impune la misoginia.

Fue aquella visión la que pasó a América y las mujeres conquistadas sufrieron en carne propia el doble castigo por ser originarias y mujeres. Las crónicas se ensañaron con ellas y sus actitudes «libertinas»; en ellas y no en los violadores masivos habitaba la culpa de los «excesos» declamados en algunos documentos y que quedaban impunes en algún escaso expediente de la autodenominada «justicia colonial». El mestizaje, disfrazado de romántico encuentro, ha encubierto hasta nuestros días el carácter violento de aquellas uniones sexuales que expresaban de forma contundente el triunfo del conquistador. Pero aquellas leyendas de sumisión y aceptación pasiva del rol de sometidas, aparecen una y otra vez desmentidas por la historia de las rebeliones encabezadas por mujeres, por la negativa a unirse a los vencedores y hasta por las dramáticas crónicas de suicidios masivos para no engrosar el botín de guerra. De la dignidad de aquellas mujeres habla este libro, y también, claro está, de la canallada del ocultamiento y la malversación de la historia.

Hace más de dos siglos, Charles Fourier aseguraba que «los progresos sociales y cambios de época se operan en

proporción al progreso de las mujeres hacia la libertad». La historia argentina, desde la conquista española hasta la actualidad, corrobora a diario la afirmación del socialista utópico francés.

Las mujeres representan hoy «la mitad más uno» de la sociedad argentina, pero han cargado y cargan con buena parte del peso de la historia de nuestro país.

Como protagonistas en todos los aspectos, construyeron su identidad a través del trabajo, la cultura, los debates, las luchas políticas y sociales, la vida familiar, barrial y colectiva. Un papel que, por lo general, suele negarse o limitarse a la mención de unas pocas figuras destacadas a la hora de escribir nuestra historia, en la medida en que estas mujeres se hayan destacado en tareas, roles, profesiones u oficios definidos históricamente como masculinos.

En este libro, recorro la historia de nuestras mujeres, desde las pobladoras originarias y su resistencia a la conquista europea hasta quienes obtuvieron las primeras victorias en su larga lucha por la igualdad. Narro su vida cotidiana, las condiciones legales, sociales y culturales en las que la llevaban adelante y su participación en los procesos históricos, políticos y económicos, que fue siempre mucho más destacada de lo que suele enseñárenos. En cada uno de los siete capítulos las lectoras y los lectores encontrarán, además de la narración cronológica de la etapa tratada, secciones fijas en las que me ocupo de las mujeres que diariamente cargaban sobre sus espaldas el peso de la historia, aquellas eternas olvidadas a la sombra de la «naturalización» de sus funciones y de la histórica división sexual del trabajo. También tienen en este libro un espacio importante aquellas que rompieron los moldes que se les pretendían imponer en las distintas épocas. Aquellas que hacían prevalecer su impronta, sus ideas y su acción en un mundo que no había sido ni creado ni pensado para ellas, en el que hacerse oír era una proeza. Me pareció muy importante incluir un apartado en el que rescato textos de diversas épocas en

los que se vierten opiniones sobre las mujeres, en los que puede apreciarse la evolución o involución, según los casos, de la visión masculina sobre el llamado «sexo débil». Finalmente, encontrarán en cada capítulo una sección en la que rescato lo que ellas dijeron cuando pudieron comenzar a expresarse por escrito, después de tantos siglos de marginación y de manejo excluyentemente masculino de la alfabetización y de la educación en general.

No quiero extenderme más de lo que lo haré a partir de las próximas páginas y sólo me gustaría aprovechar este reencuentro con mis lectoras y lectores para agradecerles los permanentes gestos de cariño que recibo a lo largo y a lo ancho de nuestro amado país y espero sinceramente que disfruten de este libro y que les sea útil, porque fue escrito pensando en ustedes, por ustedes y para ustedes.

Quisiera agradecer a todas las anónimas y anónimos que me estimularon para llevar adelante esta tarea que hoy se concreta y muy especialmente a Diego Arguindeguy, Graciela Browarnik, Mariana Pacheco, Mariel Vázquez, Mariano Fain y Soledad Vázquez por su colaboración; a Dora Barrancos por su estímulo, a Alejandro Santa por su generosidad y a Alberto Díaz y Nacho Iraola por sus cercanos consejos; a mi mujer Leiza Brossi por la paciencia, la solidaridad y el acompañamiento y a mis hijos Martín, Julián y Frida por ser y estar.

## Mujeres conquistadas

### *Descubrimientos y encubrimientos*

Aunque parezca mentira, en pleno siglo XXI se siguen publicando libros que, al referirse a la invasión europea al continente americano, iniciada en octubre de 1492, continúan hablando del «descubrimiento de América», concepto eurocéntrico según el cual las cosas y los seres comienzan a existir cuando entran en contacto con los representantes del «viejo continente».

Entre los pueblos originarios, esta tierra recibía tan bellos y variados nombres como pueblos habían florecido en ella. El pueblo Kuna de las actuales Panamá y Colombia la llamaba *Abya Yala* —*tierra en florecimiento*—, expresión que hoy ha sido adoptada por muchas naciones indígenas.

América se llamará así en honor al navegante florentino Américo Vespucio,<sup>[1]</sup> que había viajado a las «nuevas tierras» dos veces entre 1499 y 1502. Al regresar escribió dos famosas cartas: una, fechada en 1503 y dada a conocer a principios de 1504, estaba dirigida a uno de los hombres más ricos y poderosos de su tiempo, Lorenzo Piero de Médici; y otra a su compañero de colegio, Pietro Soderini. Esta última se tradujo al latín y se publicó en 1507 en el apéndice de la obra *Universalis Cosmographia*, de Martin Waldseemüller, alias Ilacominus, un notable científico nacido en Friburgo, actual Alemania, profesor de Geografía de Saint-Dié en el ducado de Lorena.

Podríamos decir que Vesputio primerizó a Colón, ya que mientras la relación del tercer viaje de Colón, en el que tocó tierra firme, se publicó en latín recién en 1508, las relaciones de los viajes de don Américo, como vimos, se conocían desde 1504 y 1507.

En la introducción de la obra de Waldseemüller, el geógrafo francés Jean Basin de Sandocourt proponía:

Verdaderamente, ahora que tres partes de la tierra, Europa, Asia y África, han sido ampliamente descritas, y que otra cuarta parte ha sido descubierta por Américo Vesputio, no vemos con qué derecho alguien podría negar que por su descubridor Américo, hombre de sagaz ingenio, se la llame América, como si dijera tierra de Américo; tal como Europa y Asia tomaron sus nombres de mujeres.

Años más tarde, Waldseemüller y Basin reconocieron su error, a tal punto que en el mapa que publicaron en 1513 llaman al nuevo mundo «Tierra Incógnita» y no América. Pero ya era demasiado tarde.<sup>[2]</sup>

### ***De bautismos y entierros***

En 1492, las cosas comenzaban a tener el nombre que les daban los apropiadores. A nuestro continente lo llamarían «las Indias», hasta el episodio que acabo de contar y que hizo pasar a Vesputio a la historia. Aquél no fue un año cualquiera para España: señalaba el fin de la reconquista con la toma de Granada, tras casi ocho siglos de lucha contra los moros; la «unificación religiosa» a la fuerza, con expulsión de los judíos, y la llegada al papado del español Rodrigo Borja, que pasará a la historia como Alejandro VI Borgia. Es por supuesto el año que clava como una daga

en el almanaque la fecha de la llegada de los españoles a un continente que había sido descubierto unos 20.000 años antes por sus primeros pobladores. Pero durante siglos el «descubrimiento de América» remitió invariablemente a la llegada de Colón a estas tierras, y la repetición de tal denominación en miles de libros y manuales de todo tipo terminaría por naturalizar lo que en realidad significó literalmente el entierro de las culturas de los pueblos originarios. Como para muestra basta un botón (aunque podría ofrecerles a mis lectoras y lectores una botonería completa), vayan estas palabras de Diego de Landa, obispo de Yucatán, al descubrir los alucinantes códices mayas:

Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sentían a maravilla y les daba pena.<sup>[3]</sup>

En un acto que recordaba lo que venía haciendo en Europa la Inquisición,<sup>[4]</sup> el 12 de julio de 1562 el enviado del rey y, según él, de Dios, sin ninguna pena quemó toneladas de escritos y códices que registraban la historia de aquella notable civilización, una de las pocas que utilizaba la escritura en América. Landa no se quedó en la quema; se puso rápidamente a escribir su propia versión de la historia del pueblo maya, encubriendo y cubriendo todo lo que creyó necesario y útil a su sagrada misión. En ese acto se estaba convirtiendo en el referente obligado para cualquier investigación sobre esa notable civilización hasta nuestros días.

Se sigue hablando de «Nuevo Mundo», aunque sólo fue nuevo en el sentido en que lo describe Germán Arciniegas:

Todo, hasta el paisaje ha cambiado, los indios han conocido los caballos, hierro, pólvora,

frailes, el idioma español, el nombre de Jesucristo, vidrio, cascabeles, horcas, carabelas, cerdos, gallinas, asnos, mulas, azúcar, vino, trigo, negros de África, gentes con barbas, zapatos, papel, letras. Los caciques se acabaron colgados en las horcas. Nació una ciudad de piedra. La isla es para los indios un nuevo mundo. Más nuevo para ellos que para los españoles.<sup>[5]</sup>

El discurso se fue modernizando y se adoptaron otros modos más sutiles de escamotear la realidad. Así, se habla de «expansión europea» (como si fuese un fenómeno tan natural como la expansión del universo), «encuentro de culturas» (dando la idea de un simposio entre conquistados y conquistadores) o, a lo sumo, «choque de culturas» (asimilando algo tan complejo a un accidente automovilístico). Lo cierto es que ninguno de esos eufemismos logra tapar uno de los mayores genocidios y etnocidios de la historia universal, sólo comparable al que, por esos mismos tiempos, comenzaban a aplicar en África aquellos nacientes Estados europeos que en el período que va desde fines del siglo XV hasta los finales del XVIII concretarían la consolidación del capitalismo, algo que hubiera sido imposible sin la explotación intensiva y salvaje de las colonias de América, África y Asia. Carlo Cipolla fija en más de 16.000 toneladas de plata el «aporte» americano a Europa durante el siglo XVI, en el XVII otras 26.000 y en el XVIII, más de 39.000 toneladas. El historiador italiano agrega sin ningún eufemismo:

El oro del que se apoderaron los conquistadores fue exclusivamente producto de robos, botines y saqueos. El inconveniente de toda actividad parasitaria es que no puede durar por siempre. Tarde o temprano, según la con-

sistencia de los tesoros acumulados por las víctimas y la eficiencia de los depredadores, aquellas son despojadas de todos sus bienes y para los ladrones ya no queda nada que hacer.<sup>[6]</sup>

### ***Misoginia de exportación***

Las consecuencias de esos procesos nos duelen hasta hoy cada vez que una comunidad originaria debe reclamar por sus derechos atropellados, no precisamente por un «encuentro de culturas» sino por la lógica del capitalismo globalizado que los ningunea y los condena a vivir en zonas marginales e improductivas. Sigue gozando de muy buena salud la mirada «zoológica» que, como ya mencionaba en una obra anterior,<sup>[7]</sup> aún predomina sobre las distintas y variadas culturas originarias de América. Se trata de una visión interesada en deshumanizar a los conquistados y, como no podía ser de otro modo, a las conquistadas. Sobre ellas cayeron todas las descalificaciones impregnadas de la tradición misógina de la que nos ocupamos en la introducción y que estaban en pleno apogeo en aquellos años de inquisiciones, «brujas» y hogueras. Los cronistas de Indias harán gala de un machismo que afortunadamente hoy a muchos indigna —no nos engañemos, no a todas ni a todos— y del que no hay que olvidarse al hablar de la situación de aquellos seres que por haber nacido mujeres se convirtieron en víctimas propiciatorias de la barbarie en las violaciones y humillaciones cotidianas, en la separación forzada y en el asesinato de sus hijos. Horrores que volvían a recrearse y glorificarse en las crónicas de los vencedores que se siguen dando por válidas como si se tratase de verdades reveladas, muy alejadas de las reflexiones de Garcilaso de la Vega cuando decía: «es de haber lástima que los que dan en España semejantes relaciones de cosas acaeci-

das tan lejos della quieran inventar bravatas a costa de honras ajenas».

Además, algo tan evidente como que las mujeres eran muy poco tenidas en cuenta en España, se verá reflejado en su ausencia en la mayoría de las crónicas de la conquista, en las que ni ellas ni los niños aparecen como sujetos sino como elementos del paisaje. Esto tiene mucho que ver con la mentalidad de la época donde no existía prácticamente el concepto de infancia y las mujeres rara vez se hacían visibles a los ojos de los cronistas e historiadores.

Si los conquistadores y colonizadores hicieron todo lo que estuvo a su alcance por destruir esas culturas e imponer nuevas pautas para asegurar la explotación de los conquistados, todavía hoy vemos que los valores y la organización social de los pueblos originarios son interpretados y «valorados» desde una perspectiva «occidental», para la cual habría un «ranking de desarrollo» según su similitud o diferencia con los aplicables a las culturas europeas.<sup>[8]</sup> Y una vara mucho más dura suele aplicarse cuando se trata de las mujeres y su papel en esas sociedades y en la Conquista. Uno de los recursos recurrentes es deshumanizar a la conquistada y al conquistado para dar por válido el «justo castigo» disfrazado de civilización y naturalizar los atropellos, las masacres y las incoherencias hasta convertirlas en algo «lógico», método que ha dado y sigue dando buenos resultados al discurso del poder.

### ***Todo depende de los espejitos de colores con que nos miren***

Un primer error grave de esa mirada justificadora del despojo es el pretender «unificar» la amplia variedad de sociedades originarias de América en un único patrón común: «los indios», al que además se presenta congelado al tiempo de la irrupción de los invasores europeos, reduciendo y englobando nada menos que 20.000 años de historia pre-

via en el término «precolombino». Algo que sin dudas tuvieron en común «los indios» de toda la América invadida fue padecer la brutalidad de la conquista y sus exterminadoras consecuencias. Es interesante observar cómo los medios masivos europeos, gráficos y audiovisuales, mantienen el criterio totalizador cuando se refieren a América latina como una unidad, pasando por alto la rica y compleja diversidad de nuestro continente cultural. Nadie seriamente hablaría de Europa generalizando cuando se está refiriendo puntualmente a Francia o a España, por ejemplo.

En cuanto a la imagen de la mujer se siguieron y se siguen patrones muy particulares. En ellos, la incontinente necesidad de comparar aparece una y otra vez, obviamente en detrimento de las originarias y dando a la vez una imagen bastante alejada de la vida cotidiana de sus congéneres europeas, a las que se define como más evolucionadas e incluso con acceso a los estudios superiores y libre del dominio de guerreros, caciques y hechiceros.

Invito a las lectoras y lectores a pensar por un momento si esta versión no les suena absolutamente lógica a fuerza de escucharla y verla reiterativamente en los medios de comunicación. Se va predisponiendo a la gente a dar por válido que era incomparablemente superior una bachillera europea —muy escasas por cierto en España— a una habitante originaria americana y que por lo tanto su vida era mucho más valiosa, útil y defendible que la de la «salvaje» americana. Además, tal aseveración induce a un error: el de creer que la mujer europea vivía en una sociedad mucho menos machista, que admitía que discutiera y reclamara su dignidad. La verdad es que, en Europa en general y en España en particular, el rol de la mujer, como en muchas comunidades de América por aquellos años, era secundario. Y podemos decir que aquella mujer europea vivía en una sociedad dominada por guerreros, sacerdotes y monarcas absolutistas. Y aunque existía la institución matrimonial monogámica, como todos sabemos, los príncipes, cortesanos